

UNA NOCHE PRECIOSA
PARA VOLAR

MAR CANTERO

UNA NOCHE
PRECIOSA
PARA VOLAR



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: RQ

Primera edición impresa: marzo de 2013
Primera edición en e-book: enero de 2021

© de la edición: Fernando Gómez Redondo, 1997, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2ª^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-9740-876-9

Depósito Legal: B 16319-2012

Producido en España

*A todas aquellas mujeres que vencen los obstáculos
cada día para alcanzar sus sueños, así en el Cielo
como en la Tierra...*

*Tu tiempo de vida en el mundo es tu única oportu-
nidad para cambiarlo y dejar tu preciosa huella en él.*

Sumario

Prólogo	11
Laia	17
Abigail	243
Charlotte	415
Epílogo: Celina	581

Prólogo

Desearías quedarte aquí para siempre. Esta noche, su sonrisa te parece el mayor de los consuelos, como aquellas noches de tormenta en que tenías tanto miedo y rezabas agarrada al rosario que te había regalado mamá. Las sombras se extienden desde la calle hasta el interior de la habitación, pero al sonreír él te llena el mundo de luz.

Te preguntas por qué los hombres se empeñan en matar o morir, en destrozarse el mundo arrastrando con ellos a tanta gente. Y no sabes qué es peor: si imaginártelo matando o muriendo, porque lo que anhelas en el fondo de tu corazón es que nunca cambie; que no regrese como un extraño.

Lo miras desde la ventana, tras el cristal empañado por la niebla que cubre los tejados de Londres, esa ciudad oscura que ahora, cuando antes era sólo un nombre lejano y desconocido, amas tanto porque está él.

Duerme agitado, con la respiración forzada por el frío y los nervios que lo consumen. Al amanecer se tendrá que marchar y te quedarás sola. Ya ha llorado durante la noche, cuando estaba dentro de ti y te hacía suya por última vez, antes de caer rendido a tu lado, piel con piel, sudor con sudor, un corazón helado junto a otro corazón helado, porque ya no habrá más expresiones de amor que puedan calentar los sentimientos.

Y tú no has logrado conciliar el sueño, porque nunca has tenido tanto miedo, ni cuando la sirena te despertó aquella madrugada y tuviste que correr entre un tumulto y permanecer encerrada durante horas en un sótano, tapándote los oídos con las manos para

no escuchar los bombardeos. No, nunca has tenido tanto miedo como esta noche, y ahora esperas la salida del sol como una sentencia.

Recuerdas los días soleados en Barcelona, cuando paseabais toda la familia, cuando eras aún muy niña y te sentías protegida. Ahora nadie puede protegerte. Te has alejado de todos aquellos a los que amas para vivir tu sueño de volar y en el camino has encontrado otro sueño, uno que no podías imaginar siquiera. Pues cómo haber soñado con un rostro como el suyo, con esa sonrisa que te desarma en cuanto deja entrever sus dientes blancos y perfectos y esos ojos verdes, enmarcados en el rostro alegre y juvenil que no puedes dejar de mirar, incluso mientras duerme y los tiene cerrados.

Las lágrimas caen por tus mejillas. Estás helada, con una manta sobre el cuerpo pero aún desnuda, con la sensación de sus besos en cada línea de tu piel. Porque todavía sientes cómo acarició tu vientre, tus senos, tus piernas, y te estremeces. Te gustaría ser capaz de recordarlo también cuando esté lejos.

Te secas las lágrimas y regresas a la cama. Él se da la vuelta, aún dormido, y te pegas a su cuerpo, aspiras el aroma de su cuello y acercas tu mejilla a la piel cálida de su espalda. Lo besas, débilmente. Lo amas tanto que quieres que siga soñando, que no despierte, porque cuando lo haga, la noche correrá, y deseas que sea eterna. Te agarras a su cintura, hecha un ovillo tras él, entre la ropa de la cama que todavía huele a vuestros cuerpos húmedos.

—*I love you...* —te susurró con la voz entrecortada, como si las palabras se le atragantaran en la boca.

De repente, la cena para uno compartida hacía unas pocas horas en la cama, tras haber hecho el amor y antes de volver a hacerlo, se te remueve en el estómago. No te ha gustado nada, aún no te has acostumbrado al pescado frito con mantequilla ni a las patatas cortadas de forma tan rara.

Pero él y su declaración de amor te siguen pareciendo imposibles, tan bello todo que parece robado de una escena de película, como aquella reposición en el cine, en la que el chico invitó a la

chica a cenar y ella llevaba un vestido que parecía de plumas. Ambos bailaban tan ligemente como si volaran mientras sonaba una maravillosa canción, de la que apenas recuerdas la melodía del estribillo.

Se da la vuelta, y ya es inevitable. Sientes un mordisco en el corazón. La noche se acaba. Te agarra con sus brazos y te aprieta contra él, huele tu pelo, lo acaricia, lo besa y, después, te coloca sobre sí para amarte de nuevo, para arrastrarte otra vez a ese placer que nunca debiste sentir. Si nunca hubiera ocurrido, ahora no tendrías que sufrir su ausencia, ni el miedo a que desaparezca del mundo, a que le hagan daño, a que lo torturen, o a que se convierta en un desconocido.

De repente, alguien avisa desde fuera. Las luces de la calle se apagan y os envuelve la oscuridad. El sonido de una sirena llega como conclusión a vuestro asombro. De nuevo, el enemigo se empeña en acabar con vuestras vidas. Él levanta la voz para contestar que ya bajáis. Hace el gesto de levantarse para vestirse, y entonces tú lo detienes, lo agarras del brazo y le susurras una única palabra que se dice igual en casi todos los idiomas: «No».

Durante unos segundos que se te hacen eternos, él permanece sentado en la cama. Debéis ponerlos a cubierto. Entraréis por alguna de las puertas del metro o de un sótano cercano y pasaréis vuestra última noche rodeados de desconocidos que tiemblan de frío y de miedo, de niños que lloran sin saber qué está ocurriendo, de viejos que tosen porque la humedad les hace más daño que las bombas y de hombres y mujeres que desearían haber nacido en otra época. Y os abrazaréis en la oscuridad hasta que llegue el momento de separarse.

«No», repites. No estás dispuesta a pasar por todo eso una vez más. No, al menos esta noche, la última noche.

Vuelve a acostarse a tu lado. En la oscuridad, no has podido ver sus ojos; tampoco el gesto de sorpresa que le supones, ni si ha sonreído o llorado, pero ahora sientes cómo se pega a tu cuerpo, te abraza y te calienta el alma de nuevo.

Te besa, y quieres decirle que no, que ya has tenido bastante con la última vez, pero no sería cierto. Anhelas que entre en ti casi tanto como que nunca se marche. Lo deseas con el alma y con el cuerpo, que se abre a él como una flor en primavera.

La sirena continúa sonando. Os pone nerviosos, os molesta, os incita a aprovechar al máximo el tiempo. Te rindes al fin. Tus piernas se separan para recibirlo, y él entra en ti como si fuera la primera vez. Siempre te lo parece, pues sabe amarte con tanta destreza que todo te parece nuevo. «Esto no debe ser fácil de encontrar en una vida», piensas. Te preguntas si las noches de papá y mamá también fueron así, si Celina correrá tu misma suerte en el amor, si los demás han conocido alguna vez un amor como el vuestro.

La sirena calla, y empiezan los estruendos. Al principio, lejanos; después, se acercan, como si las bombas fueran caminando hasta vosotros, destrozando a su paso todo lo que tocan, asolando la vida. El fragor es cada vez más fuerte. Te tapas los oídos. Sigues sin verlo, pero sabes que está contigo: escuchas su respiración y sientes el palpitar de su corazón acelerado. Sientes pavor entre el deseo.

Él vuelve a entrar en ti, ahora con fuerza; besa tus pezones erizados y hunde su rostro entre ellos antes de rendirse. Cuando el placer te llega, el terrible sonido de una bomba demasiado cercana acalla tus gemidos. Sientes que el edificio tiembla, la cama se mueve, el techo suena como si fuese a resquebrajarse, pero tú te sabes afortunada.

Por fin se hace el silencio. Esta vez el bombardeo no ha sido muy largo. Las luces de la calle se encienden de repente y podéis miraros de nuevo. Seguíis vivos, pero ahora tú tienes que consolar su dolor, y también el tuyo que, callado, es como una losa sobre tu cabeza.

—Te quiero... —dice en un español que suena extraño, con ese acento suyo que amas sobre todas las cosas.

Sonríes, como para apaciguar su maltrecho corazón, pero no lo consigues. Te pedirá más, mucho más.

—Nunca dices te quiero... —te dice, esta vez en francés, su lengua materna.

Tú lo entiendes, pues en ese idioma estudiaste en el colegio de Francia. Te exige lo que no puedes darle, y no es la primera vez. No es que no lo ames, lo adoras, pero nunca nadie te enseñó a decir lo que sientes. Al contrario, fuiste educada para callar tus sentimientos. Y ahora, cuando no sabes si regresará a tus brazos alguna vez, cuando te puede la vergüenza, te vuelves muda.

—Encontremos una frase que signifique lo mismo para nosotros y que no sea difícil de decir para mí —contestas al fin.

Un «te quiero» no sería bastante para expresarle cuánto lo amas. Ni siquiera un «te amo» bastaría. Ni arrancarte el corazón y entregárselo sangrante para que se lo llevara consigo sería suficiente.

Él te entiende y te dedica una sonrisa. Luego se recuesta sobre la cama, coge tu mano y tira de ella para que caigas a su lado. Te rodea con sus brazos fuertes y te besa en los labios tan apasionadamente que te hace llorar, sin que esta vez puedas evitarlo. Y él llora también, justo cuando un rayo de sol ciega sus ojos por un instante. Tumbados en la cama, veis cómo llega el amanecer, haciendo desaparecer la niebla. Las farolas se apagan, esta vez para siempre.

Te sorprende comprobar que es un día soleado como nunca habías visto en Londres. Parece que el sol se burle de vuestro dolor. Y te duele tanto que te parece que incluso oyes su risa mientras se empeña en entrar por la ventana para iluminar la cama, como un intruso que vigila vuestros últimos minutos de intimidad.

Falta muy poco para que escuchéis un silbido bajo la ventana, la señal de que ha de marcharse. Será entonces cuando tenga que vestirse de prisa y a tropezones y dejará de darte toda su atención para entregársela al resto del mundo. Volverá a ser un hombre con deseos de convertirse en héroe. Pero quizá cuando regrese no recuerde que se llevó tu corazón, porque se lo has dado para que lo haga añicos en el duro viaje, para que lo saque del abrigo de su uniforme cuando tenga un rato de descanso y lo apriete muy fuerte en su mano hasta que tú, en otro lugar del mundo, sientas el mismo sufrimiento que cuando se fue. Más adelante sabrás que lo está apretando cada vez que sientas dolor al pensar en él.

Y, a pesar de todo, no has sido capaz de regalarle un «te quiero» todavía. Su rostro vuelve a tornarse triste al ver tus lágrimas; las recoge con un dedo y después te besa con desesperación, como si quisiera arrancarte también los labios. Tú te resistes. No entiendes por qué, pero ya estás sufriendo bastante; el sol es tu enemigo, el mundo entero lo es, y también él, porque va a alejarse de ti y, aunque sabes que no quiere, no es lo suficientemente valiente como para dejarlo todo, romper con las reglas absurdas y marcharse volando contigo hacia algún paraíso donde nadie os encuentre. Por eso has decidido quedarte y esperar.

Lo odias por dejarte y lo amas porque ya no puedes borrarlo de tu vida. Si no le hubieras devuelto la mirada en aquel baile, si no le hubieras devuelto aquella sonrisa... Pero ahora ya es tarde. Ya estás muerta.

Para hacerte sonreír, te pide que inventes esa frase que signifique te quiero, te amo, jamás te olvidaré porque me has robado el alma.

Se acurruca y te abraza de nuevo. Y por fin se decide a dirigir los ojos hacia ese amanecer que ya envuelve de luz cada rincón de la habitación. Deja de mirarte, porque sabe que la locura del mundo lo está esperando, y entonces murmura unas palabras, las mismas que te dijo la primera noche que te entregaste a él:

—It's a beautiful night to fly...

Y tú esta vez no tienes que esforzarte en traducir; te das cuenta de que ya entiendes inglés mucho mejor de lo que crees, aunque aún te dé un poco de vergüenza reconocerlo y sientas que traicionas al aburguesado francés que te enseñaron las monjas.

Aprietas los labios cuando él se desprende de tus brazos para abrir la ventana y responder. Saboreas la sal de tus últimas lágrimas y, en un susurro tardío, pues él ya no es capaz de oírte, pronuncias esas palabras en tu idioma, en un español que suena lejano, como de otra vida. Son tristes y amargas, pero expresan lo que sientes.

—Es una noche preciosa para volar.

Primera parte

Laia

«Las oportunidades no pasan dos veces, tienen su orgullo...».

Anónimo

1. La dulzura de *Maman*

Poitiers (Francia), marzo de 1939

La lluvia hacía que la hierba y los árboles parecieran más verdes y brillantes mientras caminaba deprisa hacia lo que su corazón intuía era la puerta a la libertad. Los latidos de Laia eran tan incesantes como aquel incansable chispeo que duraba ya tres días. Atravesó el claustro, cubriéndose torpemente con la capelina, en dirección al edificio principal del colegio. Sin correr, porque no estaba permitido. La hermana Lourdes ya se lo había advertido en varias ocasiones con su media sonrisa habitual.

En Francia, cuando llovía, lo hacía a conciencia. Laia deseaba ardientemente volver a ver el sol y sentir su calor sobre el rostro hasta que se le enrojeciera, lo que solía ocurrirle rápidamente, pues su piel era muy blanca, casi rosada. Resbaló en el escalón de piedra de la entrada; había crecido más hierba, demasiado escurridiza al mezclarse con el barro. Menos mal que no se había caído: podría haberse manchado el uniforme y habría sido un desastre aparecer llena de barro, como una chica descuidada.

Respiró profundamente un par de veces antes de abrir la puerta. No quería entrar con el corazón a punto de salirse por la boca. Temía que la monja la reprendiese de nuevo, aunque esperaba que esta vez fuera un poco más comprensiva, ya que la ocasión era realmente excepcional. Su padre venía a visitarla después de casi tres años, motivo más que suficiente para estar nerviosa y emocionada. Cierto que había recibido cartas tuyas asiduamente, pero no

era lo mismo verlo en persona por fin, tenerlo frente a ella y poder darle un abrazo, si se lo permitía, pues solía ser un poco arisco, o al menos así lo recordaba. Se acordaba también de su trato respetuoso y amable, pero lejano, más de lo que a ella le hubiese gustado. Tras la muerte de su madre, de quien apenas tenía memoria, salvo de su eterna sonrisa y su risa complaciente, don Carlos se había vuelto un hombre huraño y esquivo.

La hermana Lourdes se dio cuenta al momento de que tenía los ojos brillantes y se estaba aguantando el llanto. La miró de arriba abajo, revisando cada detalle de su vestimenta, le atusó el pelo, mojóndose la yema de los dedos con la lengua y luego le sonrió. Aquella adolescente de espíritu rebelde que, en más de una ocasión, les había causado algún leve disgusto, estaba claramente nerviosa.

La cogió por los hombros, pues temía que echase a correr y no volviesen a verla en todo el tiempo que durase la visita. Conocía los sentimientos que albergaba hacia su padre desde que las había dejado, a ella y a su prima Celina, allí, en Saint Chaumont, al amparo de las religiosas. Aunque la intención había sido la de un buen padre, alejarlas de un país en guerra como era España en aquellos años, no haberse ocupado de ellas, no ir a visitarlas, era algo que, sin duda, las niñas le harían pagar en algún momento. Sobre todo, Laia, que era su hija. Celina, hija del hermano de don Carlos y de su esposa, ambos fallecidos en un accidente de tren, sería más tolerante, debido a su corta edad cuando todo sucedió. Ella les hablaba siempre sobre el poder manifiesto del perdón, pero dudaba de si sus palabras calaban hondo en el corazón de Laia, que se daba cuenta de todo.

La hermana se colocó tras ella y la invitó a entrar. Celina ya abrazaba a don Carlos por la cintura. El hombre la retiró con cuidado para recibir a su hija y, seguramente, también porque se avergonzó delante de la monja por el abrazo casi indecoroso de la niña. Miró a Laia con condescendencia, como si quisiera pedirle perdón por los años de ausencia, aunque no dijo nada; se quedó plantado delante de la chimenea, con su abrigo de lana gris y su porte altivo. Respiró sonoramente.

—¿Cómo estás, hija? Me alegra mucho verte —dijo al fin.

Laia no supo qué hacer ni qué decir. Se le había cerrado completamente la garganta y temía que, si abría la boca, las lágrimas aflorarían a sus ojos y la voz le saldría acongojada, y entonces él sabría que lo había echado muchísimo de menos. No se merecía saber cuánto había sufrido por él durante la guerra, las noches en las que había pedido a la santísima Virgen de Lourdes su regreso, sano y salvo, cuántas veces se lo había imaginado combatiendo contra el enemigo o en algún hospital, herido y a punto de morir.

Había ido preguntando a las monjas con las que tenía más confianza sobre cualquier noticia de España, para hacerse una idea mejor de cómo estaría y si corría peligro. En el colegio había más niñas españolas, así que a veces, por la noche, en la habitación, se contaban noticias unas a otras; habitualmente eran erróneas, pero ella no lo sabía. Se escuchaban muchas cosas horribles de la guerra, como que los religiosos estaban siendo asesinados y que las reyertas se daban entre hermanos y vecinos, entre personas que en otro tiempo habían sido incluso amigos. A pesar de saberse a salvo, aquella cruenta guerra le parecía eterna y vivía con el corazón en un puño.

Pero su padre no había resultado herido, ni muerto, y ahora estaba frente a ella, sin huella alguna, al menos visible, del dolor o sufrimiento que una guerra debía ocasionar. Para su sorpresa, se dio cuenta de que venía acompañado de una mujer, vestida con ropas lujosas y joyas muy brillantes. Cuando ésta se acercó a él, su padre la recibió pasándole el brazo por los hombros en un gesto claramente cercano.

Laia sólo fue capaz de agachar la cabeza y hacer una reverencia, como las que hacía frente al altar cuando acudía a rezar el rosario. Se inclinó, bajó la rodilla y rápidamente se retiró a un rincón para sentirse un poco más cómoda. Celina corrió inmediatamente hacia ella y la tomó de la mano, en un intento de no ampararse de la soledad que le había provocado el más que esperado encuentro con su tío. Laia se dio cuenta en ese momento de que no siempre había sabido proteger a la niña. A sus trece años, seguía siendo un

tanto irresponsable para su edad, como le solían decir las monjas que se encargaban de su educación.

Tragó saliva, la visita no había acabado y aún quedaba lo peor. Apenas acababa de comenzar el encuentro y ya estaba deseando volver al colegio para sentirse protegida entre los muros del convento. Habría preferido incluso rezar el rosario en la capilla con tal de marcharse del lado de su padre y de aquella mujer tan bella y atractiva, cuyos ojos, grandes y pintados con sombra oscura y de un color azul negro que dejaba sin habla, le provocaban temor. Se sintió pequeña ante su cuerpo esbelto y voluptuoso, cubierto con un chaquetón de piel en color blanco sobre una falda larga y estrecha. Iba tan bien peinada, con unas ondas en el lado derecho de su cabeza, y tan maquillada que le pareció una cantante de varietés, de esas que había visto alguna vez anunciadas en los carteles del teatro del pueblo. Se dio cuenta de que incluso la hermana Lourdes la miraba casi extasiada, no sabía si por el brillo de sus joyas o por el de sus ojos.

La mujer caminó lenta pero segura hacia las niñas, que se habían pertrechado junto a los ventanales, regalándoles una tierna sonrisa de dientes blancos y labios de carmín rojo. Estiró delicadamente un brazo y les ofreció la mano, empezando por la pequeña, que se la dio con rapidez, sin querer soltarla, mientras miraba la sortija de rubíes que lucía en su dedo. La mujer dejó que la niña le apretara la mano, para hacerse con su confianza, y después, agachándose, le pidió un beso en la mejilla. Celina se lo dio con alegría. Sin dejar de sonreír, se levantó y le ofreció la mano a Laia, mirándola desde arriba, pues era bastante alta. Ella se la dio con amabilidad y respeto, haciendo de nuevo la breve genuflexión doblando la rodilla derecha.

—Preferiría un abrazo —dijo la mujer, con una voz armoniosa y un encantador acento francés.

Laia se acercó tímidamente, y al momento se sintió atrapada por su cuerpo curvilíneo y sus brazos suaves por la piel del abrigo. Hundió el rostro en su regazo y aspiró el aroma de su maravilloso perfume. No era precisamente el olor a campo al que estaba acos-

tumbrada; olía dulce, a madera mezclado con flores y alguna especia. Sin darse cuenta, sonrió. Cuando la mujer se separó de ella, le devolvió la sonrisa.

—Encantada de conoceros, niñas. Espero que a partir de ahora podáis llamarme *Maman*.

Al escuchar «mamá» en francés, Celina se abalanzó de nuevo sobre ella y se agarró a su cintura con lágrimas en los ojos. La mujer la recibió agradecida. ¡Cuánto habría echado de menos un abrazo aquella niña! Cerró los ojos, intentando imaginar lo que habrían sufrido tras la muerte de la madre de Laia, que también era la única madre que la pequeña había conocido.

Sin soltar a la niña, se dio la vuelta en dirección a su esposo, no sin antes estirar el brazo derecho y ofrecer su mano a Laia. Ésta la cogió y las tres caminaron hacia él, como una familia recién recuperada. El hombre las recibió con una tímida sonrisa, comprendiendo que en tan sólo unos minutos su querida esposa se había ganado a las niñas.

La hermana Lourdes se limpió los ojos empañados de lágrimas por la emoción. Siempre se alegraba cuando los padres al fin venían a por sus hijas, pero esta vez su alegría era mucho mayor. Laia era ya una mujercita, alocada, revoltosa y muy indisciplinada, y necesitaba el ejemplo de una mujer adulta. Estaba segura de que bajo el esplendor de aquella mujer que, a primera vista no era lo más parecido a una madre, se ocultaba un tierno corazón maternal.

Cuando llegó el momento de los regalos, la hermana decidió dejar a la familia a solas. Había estado presente para asegurarse de que las niñas estuvieran bien, pero ya podía marcharse con tranquilidad y dar las gracias a la Virgen santísima. Cerró la puerta tras de sí, no sin observar por última vez el bello retrato familiar, y se santiguó, elevando sus ojos al cielo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Celina en francés, al tiempo que miraba a su tío, esperando su reprobación. Éste no dio ninguna muestra de reproche, y la niña se sentó tranquila junto a la mujer, que comenzó a acariciarle el pelo con verdadero cariño.

—Mi nombre es Dominique, pero hemos quedado en que me llamarías Maman.

La pequeña asintió alegre y siguió con sus preguntas.

—¿De dónde eres Dominique..., Maman?

—Nací en París, pero he vivido mucho tiempo en distintos lugares del mundo: Nueva York, Londres, Milán...

Francesa. Laia pensó que su padre no había tenido que ir muy lejos para encontrarla. Quizás él también había permanecido en Francia todo este tiempo. Quizá nunca había corrido ningún peligro, como ella había temido tantas veces, porque no había estado en España durante la guerra. Casi se sintió un poco molesta y engañada.

—¿Y dónde conociste a papá? —se atrevió a preguntar, impulsada por su reciente indignación.

—En Nueva York. —La mujer la miró con una sonrisa espléndida—. Allí me pidió la mano y me regaló este maravilloso anillo —rio, completamente feliz.

La pequeña le agarró la mano y volvió a mirar el rubí con admiración, mientras Laia intentaba aceptar que su padre había estado viajando por el mundo mientras ellas vivían recluidas en aquel colegio de monjas, quienes, por muy buenas que hubieran sido, no eran de su familia. ¿Por qué no se las había llevado con él? ¿Por qué las abandonó allí mientras él recorría Europa en busca de una nueva esposa? Su irritación y su rabia iban creciendo por momentos.

—Creo que es el momento de abrir los regalos —intervino don Carlos acercando unos paquetes. Parecía visiblemente alegre, para asombro de las niñas.

Celina desató el lazo de una gran caja y gritó emocionada al descubrir un precioso vestido blanco y una chaquetita de lana ligera, tejida en color rosa claro. Después, su padre la ayudó a abrir otro que ocultaba unos zapatos de charol en color rojo. Volvió a soltar un gritito, emocionada por la sorpresa. Dominique sacó entonces de una caja redonda un bonito sombrero de terciopelo también rojo y se lo ajustó en la cabeza.

—¡Vas a estar preciosa! —exclamó la mujer.

Cuando le tocó el turno a Laia, ésta abrió despacio y con timidez sus tres cajas. En la más grande había un maravilloso vestido blanco con pequeñas flores azules, muy primaveral, y otra chaqueta de lana en color azul claro. En la caja de zapatos descubrió unos preciosos en un tono beige, brillantes, y por supuesto también había un sombrero de terciopelo del mismo color para ella. Le pareció una ropa tan elegante que se acordó de cuando solía vestir así en España, antes de que su madre muriera y el uniforme del colegio se convirtiera en su atuendo diario.

—Aún eres joven para llevar tacones —le dijo Dominique, contenta al ver su expresión conciliadora—, pero son un poco más altos que los de tu prima —añadió, guiñándole un ojo.

—La ropa es un poco fresca para el clima de Poitiers. No ha parado de llover en tres días y suele ser así hasta el verano... —comenzó a explicar Laia, con una intención bien marcada.

—Creo que es mejor decírselo ya... —Dominique miró a su esposo.

El hombre se sentó junto a la pequeña y su recién estrenada madre, frente a Laia, que esperaba angustiada.

—Niñas, estos vestidos no son para Francia, pues no os quedaréis mucho tiempo aquí. La guerra en España terminó hace meses, y ya podemos regresar —exclamó el padre con el rostro alegre—. Aunque no volveremos a casa, no iremos a Barcelona. Empezaremos una nueva vida en la capital.

Se hizo un silencio estremecedor. Al poco, Celina se abrazó al cuello de su tío, entusiasmada. Laia no supo cómo reaccionar; su corazón había dado un vuelco y tenía los ojos empañados de nuevo. Estaba tan feliz de estar con él que le daba igual donde fueran, España, Francia o Nueva York. Lo maravilloso era volver a sentir que tenía un padre que la quería, y ahora, además, gracias a Dominique, se habían convertido en una familia de nuevo.

Se levantó, con el sombrero entre las manos, y se acercó a su padre, esperando que el abrazo de su prima terminase. Cuando ésta

abrazó a Dominique, ella fue quien se agarró al cuello de su padre. Él se levantó con rapidez para recibirla y comenzó a acariciarle el pelo con delicadeza. A Laia no le importó aplastar el precioso sombrero de terciopelo con su cintura, sólo quería sentirlo tan cerca que nada ni nadie pudiera arrebatárselo de nuevo. Nunca se había parado a pensar en cuánto lo quería, solamente en por qué se había deshecho de ellas y en si volverían a verlo. Desde que se marchó, todos sus pensamientos habían estado acompañados de ira, de rabia y de mucho dolor. Y ahora estaba allí, abrazándolo como si nunca hubiese desaparecido, dejándolas solas durante casi tres años. Sí sabía perdonar.

Esta vez su padre permitió que Laia alargase el abrazo, y a la niña se le hinchó el pecho de una hermosa emoción muy parecida a la felicidad.

Desde el sofá, aún con la pequeña mano de Celina entre las suyas, Dominique los miraba emocionada y contenta. Al fin podían ser la familia que ella siempre había soñado.

2. El mundo bajo sus pies

La idea de su padre de pasar unos días en Santander antes de ir a Madrid le pareció maravillosa. Estaba deseando ver algo más que las callejuelas bucólicas, aunque adorables, de Poitiers, los muros del colegio o el mar que había contemplado hasta la saciedad desde la cubierta del barco.

Al pisar tierra firme, sintió una fría humedad y se puso la chaquetilla sobre el blanco e impoluto vestido que sus padres le habían regalado.

—¡En esta ciudad solía haber muy buenas modistas! —exclamó Maman, que tenía a Celina de la mano.

Ambas estaban preciosas, acordes con su padre, que llevaba un traje nuevo que le daba un aspecto muy interesante. Se les veía felices de volver a España, aunque algo alicaídos al ver desde la ventanilla del coche algunos edificios derruidos por los bombardeos.

—¿Qué le ha pasado a esta ciudad? Antes era de las más bonitas del reino —comentó don Carlos con el rostro visiblemente entristecido.

—Volverá a serlo, *mon chéri* —le respondió Maman, apretando su mano para consolarlo.

—No quiero pensar en cómo nos encontraremos Madrid.

—Estará mal, ya te lo han dicho, pero tenemos dinero, y no todo el mundo puede decir lo mismo.

—¿Te das cuenta de que hemos vuelto a mi país huyendo de nuevo?

—No pienses eso. Estás aquí, es lo importante.

Laia no había podido evitar oír la breve conversación, sentada frente a ellos en los anchos asientos del coche que había ido a recogerles al puerto. Aún faltaba un rato para llegar a Comillas y, mientras atravesaban el centro de la ciudad, ella también se había quedado absorta contemplando el desastre. A pesar de todo, era fácil intuir su antigua belleza, conservada aún en muchas de sus calles, salpicadas de un mar azul tan intenso como el de alta mar.

—¿Qué océano es éste? —preguntó la pequeña Celina, mirando por los binoculares que Maman solía utilizar para observar el escenario desde el palco del teatro.

—El Atlántico, supongo —respondió la mujer, cogiendo los prismáticos que le ofrecía la niña para mirar hacia el horizonte.

—Es el mar Cantábrico. Santander está en Cantabria —aclaró Laia.

—Muy bien, hija —le sonrió su padre—. Veo que en el colegio os han educado bien.

Laia no ocultó su cara de satisfacción.

—También es por esos libros que lee. No levanta la nariz de sus páginas —rio silenciosa Maman.

El comentario fue del gusto de todos. Dominique era una mujer capaz de endulzar cualquier momento, por muy espinoso que fuera. Para su esposo, era realmente difícil regresar a su país y ver los estragos de la horrible e incomprensible guerra e imaginar que algo parecido, o peor quizá, estaba a punto de ocurrir en Europa.

El mar azul oscuro se extendía como una lengua mansa cuando el coche salió de la ciudad y se adentró en una pequeña carretera sin asfaltar. Poco después, el camino se hizo tan tortuoso y molesto que a Laia se le empezó a revolver el estómago, aunque trataba de disfrutar, mirando por la ventanilla abierta, del aire marino y campesino al mismo tiempo, con sus aromas entremezclados y sus vistosos paisajes. Las flores de llamativos colores refulgían gracias a la primavera, y los pájaros, pequeños gorriones y gaviotas de gran tamaño, sobrevolaban el vehículo o respondían aleteando asustados a su paso. Cuando el coche frenó un poco la velocidad, una mariposa pasó ro-

zándole el rostro. Agradeció el aire fresco de la mañana y respiró, sintiéndose un poco mejor. Volvió a meter la cabeza dentro del coche y escuchó las últimas frases de la conversación de sus padres.

—¿Crees que seré bien recibida? —preguntaba una temerosa Dominique.

—Por supuesto. Y, si no fuera así, cosa que dudo, nos marcharemos. —Le sonrió. Don Carlos le daba mucha seguridad, la que le había faltado siempre—. No tienes nada que temer, querida. —Cogió su mano y la besó—. Ahora somos una familia, y nadie puede cambiar eso.

Laia los miró feliz. En los pocos días que llevaban juntos, le había cogido tanto cariño a Maman que ella misma la defendería con uñas y dientes si alguien se atrevía a criticarla, a ella o a su pasado, que, intuía, debía de haber sido un tanto tortuoso.

Lo veía como un punto a su favor, pues la hacía más atractiva a ojos de su padre y de ella misma. Era una mujer de mundo, pero con las elegantes maneras de una dama de la alta sociedad, así que seguramente sería bien aceptada por los amigos de su padre. Y verlo a él tan feliz y tan enamorado de nuevo era más de lo que podía pedirle a la vida. Había pasado tanto tiempo viviendo preocupada por él que ahora por fin podría dedicarse a ella misma, a ser sólo la hija, pues sus padres se ocuparían de lo demás.

Miró de nuevo por la ventana. Ya se acercaban al pueblo, y enseguida pasaron cerca de un sorprendente edificio modernista que, según les comentó su padre, había construido el arquitecto Gaudí. A Laia le impresionó sobremanera aquella arquitectura de extrañas formas y el brillo de sus materiales.

—Y aquel edificio que se ve allí arriba —don Carlos señaló con el dedo por la ventanilla— es la universidad. Me alegra que siga en pie. Creo que allí ha estudiado Derecho Néstor.

Laia hizo una mueca: Néstor era un nombre muy rimbombante.

El coche atravesó la calle principal del pueblo, con casas construidas en piedra y balcones de madera oscura, y salió luego por un

camino estrecho y largo, rodeado de árboles monumentales, en cuyo final se erigía una mansión de ladrillo rojo y tejados azules, con piedra blanca rodeando las ventanas y los balcones y una hiedra alta y rojiza que llegaba hasta algunos de ellos.

El cochero rodeó una fuente de piedra con estatuas de niños y palomas y se paró frente a un portón de madera y hierro forjado. Don Carlos le pagó, y el hombre sacó las maletas del baúl y las dejó frente a la puerta. Al instante, un criado apareció y las metió dentro mientras pedía a la familia que lo siguiera.

El vestíbulo era casi tan grande como el claustro del colegio, con una gran escalera interior de mármol. En realidad, la casa parecía un palacio, fría y un poco oscura, a pesar de los grandes ventanales.

—¡Carlos!

Un hombre alto y grueso bajaba con rapidez los peldaños. Lo seguía una mujer delgada que sonreía y caminaba con delicadeza. Don Carlos abrazó al hombre con evidente cariño y estrechó la mano de la mujer, antes de presentar a Dominique y a las niñas.

—¡Pasad al salón principal, por favor! —dijo la mujer—. Enseñada nos traerán un refrigerio.

Laia se dio cuenta de que estaba hambrienta. No habían desayunado, pensando que el camino sería más corto, y se sentía mareada todavía, necesitaba comer algo pronto. El mayordomo se llevó los sombreros mientras se sentaban en unos sofás y sillones que había alrededor de una mesa baja, frente a una enorme chimenea del mismo mármol que el suelo. Laia agradeció que estuviera encendida, la primavera en Cantabria era demasiado fría. Rápidamente, una sirvienta de uniforme trajo una bandeja con pasteles y café.

—¡Comed niñas! —pidió la señora de la casa.

Ellas obedecieron con timidez, a pesar del hambre; se sirvieron una taza de café con leche y algunos pastelillos en los platos, y se quedaron calladas mientras los mayores hablaban animadamente sobre su regreso y los días del final de la guerra.

—Ahora que habéis vuelto podemos recuperar nuestra sociedad económica, Carlos —decía el señor de la casa.

—Estoy de acuerdo. Ya es hora de continuar..., aunque me preocupa la situación en Europa. No sabemos qué va a pasar.

—No creo que tengamos que preocuparnos. Quizás incluso nos sea favorable.

—No estoy tan seguro. ¿Y si España entra en guerra de nuevo?

—Eso no va a pasar. Franco no lo permitirá. Acabamos de salir de una, y de órdago.

—Espero y deseo que tengas razón, Miguel.

—¿Qué os parece si damos un paseo por el jardín mientras los hombres hablan de cosas serias? —interrumpió la señora de la casa dirigiéndose a Dominique y las niñas, con el ceño fruncido al escuchar que hablaban de la guerra.

Dominique se levantó al instante. Celina hizo lo mismo, llevándose el refrigerio, pero Laia continuó sentada en el sofá, escuchando absorta la conversación de su padre y el hombre que, al parecer, había sido su socio. Ellos no se daban cuenta de que estaba allí, parecía no importarles que los escuchara, seguramente porque pensaban que no entendía nada de lo que decían, aunque ya era mayor y comprendía lo importante. Su padre tenía miedo de que hubiese otra guerra; eso podía significar la vuelta al colegio, aunque hablaba de Europa, lo que era aún más desconcertante. ¿Dónde las llevaría entonces, si Francia también entraba en guerra?

—¡Vamos, Laia! ¡Acompáñanos! —la llamó alegremente Maman desde el ventanal que daba al jardín.

El mayordomo volvió a traerles los sombreros, y se los pusieron antes de salir. Chispeaba, pero, según dijo la señora, era común en aquella época y no por ello dejaba de dar un paseo. Unos galgos se acercaron corriendo y jugaron con Celina, que los acarició y echó luego a correr tras ellos.

—¿Qué hacen los perros aquí? —gritó la señora hacia el mayordomo, que salió a toda prisa a buscarlos—. ¡Os he dicho que les limpiéis las patas cuando vuelvan del paseo! ¡Que no entren así en la casa, lo dejan todo perdido! ¡Espero que no hayan manchado los vestidos a las niñas! ¡Están preciosas!

—Sí que lo están —comentó Dominique, orgullosa.

—Especialmente tú, querida, ya eres toda una mujer. Disculpa, no recuerdo tu nombre...

—Laia, señora. ¿Y el suyo?

Dominique se sorprendió por la pregunta de la niña, pero sonrió al ver que la mujer no se molestaba por haber sido tan directa.

—Elena. Me alegra que me lo preguntes, casi siempre soy la esposa de Miguel, la señora de, etcétera. Nadie me llama nunca por mi nombre —rio.

—¡Como si las mujeres no importáramos! —exclamó Maman con la mirada fija en el embarcadero.

—¡Exactamente! Todavía me sorprende a veces. ¿Acaso no hemos traído sus hijos al mundo? —Se dio cuenta enseguida de que había metido la pata—. ¡Oh, perdóname, querida! —Cogió el brazo de Dominique, frenando sus pasos en seco—. No quería decir que las que no tenéis hijos no hayáis hecho nada importante.

—No te preocupes —respondió Maman, tuteándola también—. Ahora soy madre de estas dos niñas, y estoy muy orgullosa. El resto de mi vida forma parte del pasado.

—Me alegra que pienses así. Será mejor para ellas que los años que viviste en Francia sean olvidados y enterrados, si hace falta.

—Así será —respondió Dominique, mordiéndose la lengua.

Al fin y al cabo, lo hacía por Laia. No podía permitir que los planes de Carlos para la familia se estropeasen por su orgullo y su ego.

—¿Y cuándo tenéis pensado ir a Madrid? —continuó preguntando Elena, mientras se acercaban a la playa en la que se extendía un pequeño embarcadero de madera, mar adentro.

—¡Tened cuidado, niñas!

Laia había echado a correr tras Celina, que se acercaba peligrosamente al agua. Ninguna había aprendido a nadar aún. En Poitiers, había un riachuelo al que las monjas llevaban a sus alumnas durante los días más calurosos del verano, pero no tenía agua suficiente como para nadar.

La niña había descubierto una pequeña barca atada a un madero. Descalzándose, se sentaron en el embarcadero con los pies colgando sobre el agua, moviendo la barca con pequeños empujones de los dedos. El mayordomo que antes se había encargado de los perros llegó pronto a su lado para vigilar que no se cayeran.

– No te preocupes, no nos moveremos hasta que llegue mi madre –le dijo Laia para que se marchara tranquilo.

–¡Qué bonito es esto! –exclamó Celina con una pequeña flor amarilla en su mano.

–Es cierto. –Laia miró la gran casa desde allí. Una habitación principal con una gran terraza se ocultaba en la entrada del camino para extenderse sobre la vista del mar–. Creo que podría quedarme a vivir aquí para siempre.

–Yo también. Es mucho más bonito que el colegio... ¿Cómo será Madrid, Laia? ¿Será como Barcelona? Aunque tampoco recuerdo casi nada de Barcelona.

–Sólo hace tres años y pico que nos fuimos, deberías acordarte.

Celina se encogió de hombros.

–Nosotros vivíamos en un piso muy grande y debajo había unos preciosos jardines, pero no eran nuestros, sino de la ciudad. Y vosotros vivíais en uno muy parecido que estaba cerca del nuestro.

–Pues no recuerdo apenas nada –se lamentó la pequeña.

–No creo que la capital sea tan bonita como Barcelona, ni como esto, pero seguro que es mucho más divertida. Aquí deben morirse de aburrimiento en invierno.

–Eso sí. Pero tienen perros y nosotros, no.

–Teníamos un gato, ¿te acuerdas?

–¡Micifuz! Sí, sí. Se lo quedó la vecina cuando... –Celina bajó la cabeza, compungida.

–Cuando murió mamá y papá nos sacó de allí. La vecina lo quería mucho.

–¡Qué pena! No volvimos a verlo. Quizás aún esté allí esperándonos sin sospechar que no vamos a volver...

Laia no creía que fuera así. Seguramente habría muerto en algún bombardeo. Había leído en el periódico de la hermana Lourdes que habían caído muchas bombas en Barcelona. Y sabía que su edificio había resultado dañado, pues se lo había oído decir a su padre.

Pensar en su madre la entristeció. Aún le dolía el corazón al recordar su sonrisa y su forma de cantar por las mañanas mientras acariciaba a Micifuz o cortaba las flores de las macetas de la terraza para ponerlas en un jarrón. Al menos, estaba segura de que había sido una mujer feliz. Todos habían sido felices cuando ella vivía.

Tratando de apartar de su mente esos pensamientos, metió la mano en el agua y comenzó a hacer ondas. Estaba fría y había peces. Lástima no haber guardado unas miguitas de los bollitos para echárselas.

—Mañana podemos traer pan a los peces, si quieres —comentó para alegrar a su prima.

—¡Sí! ¡Vendremos temprano y quizá podamos pescar alguno! —respondió emocionada la pequeña.

—¿Y para qué quieres pescarlos?

—Para meterlos en un bote y llevármelos a Madrid.

—Pues mañana lo traeremos —repuso Laia riendo ante su ocurrencia.

★ ★ ★

Dominique agradeció que la señora de la casa fuera sincera con ella. Prefería que le hablaran de frente a las críticas por detrás que había sufrido por parte de otros amigos y conocidos de Carlos. Por primera vez, alguien le decía lo que quería y sabía a qué atenerse.

—No será fácil, querida. Carlos lleva solo mucho tiempo, y hay muchas mujeres que habrían querido estar en tu lugar y que, seguramente, consideran que tienen más derecho que tú, pero nada en esta vida es fácil.

—Lo sé. Mi vida no lo ha sido, te lo aseguro.

—Puedo imaginarlo. Pero ahora, a su lado, no vas a volver a pasar penalidades. Una nueva ciudad con gente nueva y desconocida es lo que necesitáis. Eso sí, has de cuidar vuestra reputación, por él y por sus hijas. Han de casarse y han de hacerlo bien. Después de lo que hemos sufrido en este país, sería un lujo encontrar un buen partido para Celina cuando sea mayor, pero Laia... —Elena miró a las niñas, sentadas sobre el embarcadero con los pies en el agua, y avisó con un gesto de su mano al mayordomo para que corriera de nuevo a su lado—. Vigila que no se caigan —exclamó—. Como te decía, Carlos y Miguel tienen planes para Laia y Néstor.

—Me lo ha dicho, sí.

—Entonces sabrás lo importante que es que la familia mantenga su lugar en la sociedad.

Dominique estuvo a punto de responder que estaban en 1939, no en el siglo XIX, pero se mordió la lengua. No podía fallar a Carlos con una metedura de pata. Las palabras de aquella mujer eran la demostración de lo anclada que continuaba España en el pasado.

—Lo sé y lo comprendo, pero antes tendrán que conocerse, al menos, para saber si se agradan.

—Bueno, eso no importa mucho. Las mejores familias han comenzado con un matrimonio entre desconocidos.

—¡Pero es tan joven...! —miró a Laia, que reía junto a Celina.

Le parecía terrible que, a sus recién cumplidos diecinueve años, ya tuviera su futuro casi firmado. Siempre y cuando lo aceptara, claro. Siendo como era de traviesa y alocada, quizá se negara. Casi rezó una oración para que ocurriera.

—Néstor es nuestro único hijo. Podríamos elegir a cualquier familia de los alrededores, e incluso de fuera, pero Miguel y yo queremos mucho a Carlos y a sus hijas. Siempre fuimos amigos y socios, ya sabes. ¡Y sufrieron tanto cuando Genoveva murió! —Bajó la cabeza—. Todos sufrimos mucho. No nos lo podíamos creer. Después de todo lo que habían pasado con su enfermedad, y de golpe...

—¿A qué te refieres? —preguntó Dominique, tomándola del brazo ligeramente para que caminara más despacio—. Tenía entendido que la esposa de Carlos había muerto de esa enfermedad.

—¡Oh, querida! Creo que he hablado de más. Pensaba que lo sabías, lo siento mucho. Carlos me matará si se entera.

—¿Qué ocurrió? Cuéntamelo, ya que has empezado. Carlos no sabrá nada, te lo prometo.

—Está bien, supongo que ya no puedo dejarte así, sería una mala acción por mi parte, pero quedémonos aquí, no nos vayan a oír las niñas. Fue muy desagradable también para ellas, sobre todo para Laia, pobrecita. —Se dio la vuelta, para que tampoco pudieran leerle los labios—. Primero fue aquella horrible enfermedad, pero se curó; fue increíble, hasta los médicos se sorprendieron, pues la neumonía era muy fuerte y apenas podía ya ni respirar, pero era una mujer muy fuerte. Se repuso poco a poco y, cuando bautizaron a Celina, ella se encargó personalmente de todo, porque además le encantaba ocuparse de esas cosas. ¡Menudas fiestas daba en casa! ¡Eran conocidas en toda Barcelona! Fue una ceremonia preciosa. Ese mismo verano, pasaron con nosotros unos días. Por eso sé que Néstor y Laia se llevan bien, aunque entonces eran unos niños, pero ya se conocen.

Dominique deseaba que Elena dejara de irse por las ramas, pero suspiró para sí, más tranquila, al saber que su hija ya conocía al muchacho con quien Carlos quería prometerla.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó, obligando a la mujer a continuar con la historia.

—Pasaron algunos años, no recuerdo cuántos. A punto estaba de empezar esta maldita guerra cuando Laia la encontró en el suelo de su alcoba... —Los ojos se le empañaron, no había duda de que habían sido amigas de verdad—. Dijeron que un hombre había entrado en el edificio por la noche. Las niñas habían ido a dormir con su tía, la hermana de Genoveva, que era su madrina y de vez en cuando se las llevaba a su casa. Murió en la guerra, eso fue lamentable también. Lo que no entendimos nunca es... ¿cómo pudo ser que el matrimonio encargado de la portería no escuchara ni viera nada?

—¿Y dónde estaba Carlos?

—En Londres, querida. Fue la pobre Laia, al día siguiente, cuando volvía del colegio, quien se la encontró. Imagínate. Cuando avisó a la vecina y llegaron todos, el gato aún seguía tumbado a su lado, como si quisiera velarla o algo así. Los animales son tan curiosos a veces... Dicen que había sangre por todas partes. —Se le oscureció la mirada.

—¿Y nunca se supo quién...?

—¡Vete tú a saber! Pudo ser cualquiera, entonces ya habían empezado las revueltas en Madrid y cosas así ocurrían de vez en cuando. Se llevaron sus joyas y todo el dinero que pudieron encontrar. —Se santiguó—. El detective dijo que todo había sido muy rápido. ¡Gracias a Dios! —dijo, alzando la mirada al cielo—. Y después la guerra comenzó, y Carlos decidió marcharse con las niñas.

—Confío en que ahora todos podamos empezar de nuevo —suspiró Dominique.

—Por supuesto que sí, querida. —Le apretó el brazo, animándola—. Es un buen momento para todos.

Una bandada de gaviotas pasó por encima de sus cabezas graznando como si barruntaran alguna desgracia. Dominique y Elena miraron hacia el cielo, y tuvieron que agarrarse los sombreros al paso de una avioneta que volaba rápido sobre el tejado de la casa, haciendo un ruido espantoso.

—¡Por Dios! ¡Le he dicho mil veces a este hijo mío que no haga eso! —exclamó Elena visiblemente molesta—. ¡Al menos, hoy llega a tiempo para comer con nosotros!

El sombrero de Laia sí había salido volando y Celina ya corría para intentar alcanzarlo. Ella se levantó también, pero con la vista puesta en las alturas, tapándose los ojos con la mano para que el sol no la cegara. Sentía unas mariposas en el estómago. Debía de ser increíble estar ahí arriba, viéndolo todo desde un lugar tan privilegiado como el cielo.

La avioneta dio un giro y volvió a pasar, molestando de nuevo a la señora de la casa y al mayordomo, que corría por el jardín levantando los brazos, haciendo señales al aparato para que descen-

diese. A Laia le pareció una escena de lo más divertida, sobre todo porque quienquiera que pilotaba la avioneta no parecía muy dispuesto a hacer caso.

Los dos hombres también habían salido al jardín y observaban el vuelo de la avioneta con interés. Tras unos minutos de soportar un ruido que a su madre y a la señora Elena les parecía de lo más desagradable, aterrizó cerca del embarcadero, en una gran explanada junto a la playa que parecía haber sido preparada para tal fin. Pareció que se arrastraba contra el suelo, pero, poco a poco, fue frenando, al tiempo que la hélice daba vueltas más despacio que antes, hasta que se paró del todo y se hizo el silencio.

Celina corrió hacia el aparato, pues había visto el sombrero de su prima muy cerca, y ésta la seguía a paso lento, un poco más allá, cuando de la avioneta salió un muchacho alto y fornido, con un gorro de cuero con unas gafas que le daban un aspecto simpático y una bonita cazadora de cuero. Llevaba el bajo de los pantalones sujetos con pinzas, como si hubiera estado montando en bicicleta, y unos zapatos de charol que se le ensuciaron nada más poner el pie en tierra. Dio unos pasos en dirección a la casa y recogió el sombrero de Laia del suelo, que enseguida tendió a Celina, que estaba a punto de alcanzarlo, con un saludo alegre.

La niña le devolvió el saludo y se dio la vuelta para salir corriendo hasta su prima. El muchacho se quitó las gafas y el gorro y se peinó con la mano sin dejar de mirar a la bella señorita que estaba ya junto a la niña. Imaginó de quiénes se trataba, pues su madre lo había advertido de su llegada, con la consabida regañina por adelantado para que no hiciera precisamente lo que acababa de hacer: sobrevolar la casa demasiado bajo.

Antes de llegar a su lado para saludarlas, la mayor se quedó mirando el aparato con una amplia sonrisa.

—¿Es tuya? —le preguntó a bocajarro la joven con unos ojos brillantes que parecían saltar de alegría en cuanto llegó a su lado—. ¡Es increíble! ¡Nunca había visto una tan cerca! ¿Puedo? —Y ya se movía para acercarse al aparato.

—¡Claro! —respondió él, dándole el sombrero a Celina y echando a andar detrás de Laia.

—¡Es suyo! —aclaró la pequeña mirándolos con los ojos abiertos.

El muchacho tomó de nuevo el sombrero y se dirigió a la avioneta con una sonrisa. De repente, se sentía importante ante la hija del socio de su padre.

—Creo que esto es tuyo —le dijo con un marcado acento británico, pero Laia no le prestaba atención, sólo tenía ojos para el aparato—. Será mejor que te lo pongas, el sol aprieta fuerte por aquí.

—Gracias —repuso ella al fin. Se puso el sombrero y entonces sí lo miró.

Algo se le encogió a Néstor dentro del estómago cuando vio el brillo de los ojos de la joven, ahora mucho más cerca, y su amplia sonrisa. Ya no era la misma niña con la que había correteado por el jardín, junto a los perros, a la que apenas recordaba.

—Soy Néstor —se presentó, extendiendo la mano.

—Lo sé. Yo, Laia, pero también lo sabes. —Ella se la estrechó—. La verdad es que no te recordaba así.

—Así, ¿cómo?

—Bueno, ahora eres mayor. Y tienes un acento muy gracioso.

El muchacho sonrió, sopesando si aquello era un cumplido o todo lo contrario.

—He vivido toda la vida en Inglaterra —decidió aclarárselo—. Sin embargo, tú tienes un acento muy afrancesado.

—El mío no es tan gracioso. ¡Ay, me encanta tu chaqueta! —lo sorprendió de repente, y luego dirigió su mirada de nuevo hacia la avioneta—. Nunca había visto uno de estos aparatos tan de cerca. Ha sido increíble cómo has pasado..., aunque tu madre no está muy contenta. ¡Has hecho un ruido ensordecedor! —rio.

La pequeña Celina seguía mirándolos a unos metros de ellos, pero pronto se cansó de oír hablar sobre los detalles del aparato, demasiado aburrido, y regresó al embarcadero.

—¿Quieres verla por dentro? —preguntó entonces Néstor, que, aun sintiéndose un tanto cohibido, se animó al ver el interés que mostraba por la avioneta.

—¡Pues claro! —respondió Laia con entusiasmo.

Casi de un salto, Néstor se subió a un ala. Abrió la pequeña puerta, estiró el brazo para que Laia se agarrara a él y tiró de ella con fuerza hasta subirla al ala junto a él. Ella se agarró a su cintura para no caerse y durante unos instantes estuvieron tan cerca uno del otro que Néstor temió que ella pudiera oír los nerviosos latidos de su corazón.

Laia se metió sin pensárselo dentro de la avioneta. Se sentó en el asiento y empezó a mirar todos los botones, tocando todo lo que sus dedos encontraban a su paso, y a hacerle preguntas sobre todo lo que veía. Néstor, encantado por su interés, contestó a todas sus preguntas, tratando, eso sí, de esconder su sorpresa al ver que ella parecía entenderlo o que, al menos, no se amedrentaba ante lo que no comprendía. Era la primera vez que una chica le prestaba tanta atención, pensaba.

—¿Cuánto tiempo llevas volando?

—Tomé clases el año pasado y, desde que mi padre la compró, intento volar todos los fines de semana.

—¡Debe ser maravilloso! Ya sabes, sentirte fuera del mundo, allí arriba, alejado de todo y de todos, ¿verdad?

Néstor nunca se había planteado esa perspectiva, pero pensó al instante que ella tenía mucha razón.

—Sí, es increíble sentir el viento en la cara... —Fue lo único que acertó a decir.

Celina reapareció de repente, avisándoles de que debían ir a la casa. Maman y Elena los esperaban. Laia se puso de pie en el asiento delantero, y entonces descubrió un segundo asiento detrás.

—¡Y tiene dos asientos! —exclamó emocionada.

—Claro, el de detrás es el del piloto.

Duró un segundo el encuentro de sus miradas, pero fue suficiente para que a Néstor se le ocurriese la idea más descabellada del mundo. Casi le pareció escuchar los gritos de su madre en cuanto

regresaran a la casa, pero no le importó. Nada en el mundo le importaba en aquel momento, salvo satisfacer a aquella chica que le regalaba una sonrisa tan tierna y pícaro a la vez. Le costó que la voz le saliera de la garganta, pero al fin se atrevió a hacer la pregunta.

—¿Quieres... quieres dar una vuelta? —masculló cuando consiguió al fin que su voz saliera por su garganta.

Los ojos de Laia se abrieron como platos, y en su rostro se dibujó una expresión de terror y de alegría al mismo tiempo, mientras su barbilla se movía varias veces hasta decir sí. Volvió a sentarse sin decir nada.

—¡Espera! Ponte esto —le dijo él, quitándose la cazadora—. Arriba hace frío. Y esto también. —Sacó un gorro y unas gafas de una guantera, iguales a los que él se había quitado hacía unos minutos.

La ayudó a ponérselo todo, hasta ajustárselo bien. Después, se sentó y le abrochó un cinturón a la altura del pecho. Fue entonces cuando él fijó en ella sus grandes ojos negros y de nuevo sintió su aliento muy cerca, y no le disgustó.

Le dio una vuelta fuerte a la hélice y entró de un salto en el asiento de atrás. Casi de inmediato, la hélice se movió y el aparato comenzó a dar la vuelta sobre sí mismo sobre el suelo.

En cuanto comenzaron a elevarse, un grupo de gaviotas graznó, volando a su alrededor, asustadas. Las retamas de mimosa que había tras la playa se mecieron a su paso, esparciendo un aroma a campo y a primavera. Laia se estremeció al darse cuenta de que su cuerpo ya no estaba en tierra firme. El corazón comenzó a latir a toda velocidad, y creyó que el estómago se le estaba dando la vuelta, pero no podía parar de sonreír. Estaba volando.

El ruido era molesto, pero apenas lo escuchaba, pues estaba completamente atenta a la playa, que cada vez se hacía más larga y lejana. El azul claro del cielo delimitaba el azul oscuro y profundo del océano, en el que la espuma de las olas lo pintaba de pequeños puntos blancos que aparecían y desaparecían. Miró atrás, a su derecha, por donde la mansión iba haciéndose diminuta. Le pareció extraño haber estado jugando con Celina en el embarcadero hacía tan

sólo unos minutos y ahora estar viendo las ventanas de las buhardillas en el tejado.

Cuando se adentraron en el mar, bordeando la costa, el fondo se hizo de un azul más claro e incluso podía ver algunas grandes rocas oscuras. A su derecha, el océano, y a su izquierda, lo que antes había sido una preciosa y tranquila playa empezaba a elevarse en una montaña que daba paso a un acantilado lejos en el horizonte. Poco a poco sobrevolaron un lugar idílico, un suelo de piedra cubierto de diente de león y flores rosas que salpicaban el verde oscuro del macizo rocoso, enredado con la magnífica planta, donde un faro se alzaba como si les diese la bienvenida.

Laia pensó que nunca había visto un lugar tan bonito, y sus ojos se empañaron de lágrimas bajo el cristal de las gafas. Se sentía feliz y agradecida como nunca hacia aquel muchacho que le estaba regalando la mejor experiencia de su corta vida.

De repente la silueta de un pequeño castillo se alzó sobre el acantilado y, por debajo, contrastando con el verde brillante de la vegetación de la montaña, una cala de arena fina. Se imaginó viviendo en aquel castillo, asomada a una de sus ventanas, mirando el horizonte azul en toda su magnificencia, día y noche. Pero, entonces, la avioneta bajó con rapidez en vertical, como si hubiera perdido fuerza, y el ruido desapareció; sólo escuchaba el silbido del viento y el tronar de su corazón, que latía cada vez más rápido, mientras se acercaban al fondo marino. Laia se temió que fueran a caer al agua, pero, con un movimiento rápido, el aparato remontó y se dejó llevar por el aire hasta alcanzar altura de nuevo. Dio un giro, ladeándose un poco, y tomaron el camino de regreso, dejando el acantilado a su izquierda. De nuevo, el diente de león se apoderó de sus ojos con su verde luminiscente y sus flores fucsias. El castillo y el faro quedaron atrás. La mansión volvió a aparecer al fondo y, con todo el dolor de su corazón, Laia supo que el viaje terminaba.

Cuando aterrizaron, las gaviotas volaron alocadas frente a ellos, y la arena de la playa se arremolinó alrededor de las ruedas cuando éstas chocaron contra el suelo con breves pero fuertes golpecitos.

Cuando le abrió la puerta para que bajara, las piernas le temblaban. Laia esperó sobre el ala a que él llegara al suelo y la ayudara a bajar cogiéndola por la cintura. Cuando sus pies tocaron tierra, Néstor estaba tan pegado a su cuerpo que se sintió cohibida y se ruborizó. Menos mal que no podía ver su rostro con aquel gorro y las gafas.

—¿Te ha gustado el paseo? —le preguntó con una sonrisa.

—Ha sido lo más maravilloso que he hecho nunca.

—Me alegro de haber sido yo quien te haya llevado a volar por primera vez.

Aquella frase la cohibió aún más, y se arrebujo en la cazadora.

—¿Vamos? —preguntó él. Su madre ya gritaba desde el jardín, seguramente una nueva regañina. Se quitó el gorro y las gafas—. Espera, te ayudo.

—No creo que pueda caminar —repuso ella—. Me tiemblan las piernas.

—Yo te ayudaré. —Y la asió por la cintura con la mano libre.

Así caminaron unos cuantos metros, unidos por haber compartido algo especial. Podía oler su aroma impregnado en la chaqueta de cuero que le había prestado y que aún llevaba puesta. Era la primera vez que Néstor mostraba a alguien todo lo maravilloso que él vivía cuando volaba, y nunca hubiera imaginado que podría ser una chica quien admirase tan abiertamente lo mismo que él. Le encantó que ella supiera valorarlo y disfrutarlo.

—¿Estáis locos? —gritó Celina entre risas, corriendo hacia ellos—. ¡Elena os va a matar por haberos ido!

Néstor soltó la mano de Laia con rapidez y dio un suspiro ante la bronca que le aguardaba. Doña Elena agitaba los brazos desde lejos, pero aún no podían descifrar sus palabras. Néstor llegó hasta ella a toda prisa y la levantó en el aire, volteándola, haciéndola reír para dar por zanjado el asunto, que la mujer olvidó pronto en sus brazos.

Sin embargo, Maman los esperaba con una sonrisa en los labios. Orgullosa de su hija y del valor que siempre mostraba. No ha-

bía tenido miedo de volar, y eso era digno de admiración. Además, quizás aquel viaje facilitara el matrimonio que su marido y su socio estaban preparando, unión de la que ambos jóvenes aún no sabían nada. Puso la mano sobre el hombro de Laia y tomó a Celina de la mano, mientras ésta saltaba alegremente.

Mientras cruzaban el jardín de camino a la casa, Laia se sentía volar aún, henchida de felicidad, como si algo muy hermoso se hubiera colado en su interior y la obligara a sonreír constantemente. Sus ojos estaban aún cegados por toda la belleza que acababa de contemplar y, aunque tenía el estómago un poco revuelto, un hambre voraz por vivir se había apoderado de ella.